

De personas, rituales y máscaras. Erving Goffman y sus aportes a la comunicación interpersonal

*Marta Rizo García**

Resumen

En este artículo se presentan las principales aportaciones del sociólogo Erving Goffman a los estudios sobre comunicación. En un primer momento se ubica la obra de Goffman dentro de la corriente del interaccionismo simbólico, enfoque sociológico que tuvo como centro de reflexión a la interacción social entre el actor y el entorno. En un segundo momento, se presentan los conceptos básicos de la obra del sociólogo, con énfasis en el denominado enfoque dramático de la vida cotidiana y los conceptos de ritual, persona y máscara. Por último, se exponen algunas reflexiones en torno a las aportaciones del autor a los estudios sobre comunicación, especialmente sobre la comunicación interpersonal.

Palabras clave:

Comunicación interpersonal, Erving Goffman, Interacción, interaccionismo simbólico.



Of people, rituals and masks. Erving Goffman and his contributions to interpersonal communication

Abstract

This article presents the main contributions of sociologist Erving Goffman to communication studies. First, it locates Goffman's work in the current of symbolic interactionism, a sociological approach that centers its reflection on social interaction between the actor and the surroundings. Second, it presents basic concepts of the sociologist's work, emphasizing the so-called dramaturgical approach to daily life and concepts of ritual, person and mask. Finally, it offers some reflections on that author's

contributions to communication studies, especially regarding interpersonal communication.

Key words:

Communication, Erving Goffman, interaction, symbolic interactionism.

1. Contextualización: el interaccionismo simbólico y su preocupación por la comunicación

La corriente del interaccionismo simbólico, bautizada con este nombre en 1938, parte de la importancia de la comunicación en el desarrollo de la sociedad, la personalidad y la cultura. Surgida en el marco de la Escuela de Chicago, que trató de responder al predominio de la investigación positivista empírica que predominaba en Estados Unidos durante el primer tercio del siglo XX, el interaccionismo simbólico tiene sus raíces históricas en el pragmatismo y el conductismo. El primero, por la importancia otorgada a la acción de los sujetos en los procesos de construcción de existencias *reales*; el segundo, por la preocupación por las conductas empíricamente observables de los individuos. Sin embargo, el interaccionismo simbólico, de la mano de George Herbert Mead, se desmarcará pronto de conductismo tradicional y se insertará en el denominado conductismo social, que pone mayor peso en el contexto social en el que los seres humanos desarrollan sus conductas cotidianas.

Sin poner en el centro a la comunicación, en sentido estricto, el interaccionismo simbólico es una corriente que aporta interesantes reflexiones en torno al fenómeno comunicativo, sobre todo vinculado con los procesos de interacción cotidiana. En este tenor, para este enfoque el individuo es a la vez sujeto y objeto de la comunicación, en tanto que la personalidad se forma en el proceso de socialización por la acción recíproca de elementos objetivos y subjetivos en la comunicación. Esta consideración convierte al interaccionismo simbólico en una corriente de pensamiento que se sitúa a caballo entre la psicología social, por el énfasis dado a la interacción, y la sociología fenomenológica, por la consideración de la interacción como base para la construcción de significaciones basadas en el sentido común en torno a las definiciones de la realidad social¹.

La importancia otorgada a la interacción por parte del interaccionismo simbólico puede sintetizarse en tres principios básicos: el primero refiere al valor dado a la alienación del sentido de la comunicación cotidiana y al importante papel que juega en la sociedad la empatía, esto es, la capacidad del sujeto para ponerse en el lugar del otro; el segundo principio hace hincapié en que la realidad social se explica -y se construye- a través de las interacciones de los individuos y los grupos sociales, consideración que desmarca a esta corriente del determinismo social; y el tercero tiene que ver con la estrategia metodológica, basada en el uso extendido de estudios de caso, el predominio absoluto de procedimientos inductivos y el abordaje de la realidad en términos microsociales y sincrónicos.

Así entonces, el interaccionismo simbólico pone énfasis en la interacción de los individuos y en la interpretación de estos procesos de comunicación en las situaciones inmediatas. Por el contrario, presta poca o nula atención a las estructuras sociales, a los sistemas ideológicos y a las relaciones funcionales. El centro de interés se halla en el mundo cotidiano de significados dentro del cual actúan e interactúan, y por tanto, se

comunican los sujetos. El contexto de análisis básico es, así entonces, el mundo de la vida cotidiana, mundo construido colectivamente por las interacciones de los sujetos que lo habitan.

El interaccionismo simbólico se preocupa fundamentalmente por la interpretación por parte de los actores de los símbolos nacidos de sus actividades interactivas. La obra clave para comprender las aportaciones de esta corriente de pensamiento, nacida de las aportaciones de los sociólogos de la Escuela de Chicago, es “*Symbolic Interaccionism*”, de Herbert Blumer (1968). En ella, el autor establece las tres premisas básicas sobre las que se sustentan tanto la reflexión teórica como las investigaciones empíricas realizadas desde el interaccionismo simbólico. Estas premisas apuntan lo siguiente:

1. Los humanos actúan respecto de las cosas sobre la base de las significaciones que estas cosas tienen para ellos, o lo que es lo mismo, la gente actúa sobre la base del significado que atribuye a los objetos y situaciones que le rodean;
2. La significación de estas cosas deriva, o surge, de la interacción social que un individuo tiene con los demás actores; y
3. Estas significaciones se utilizan como un proceso de interpretación efectuado por la persona en su relación con las cosas que encuentra, y se modifican a través de dicho proceso. Como puede observarse, interacción y construcción de significados son dos procesos indisolubles.

Lo anterior permite poner de manifiesto, como decíamos anteriormente, que el interaccionismo simbólico es una corriente que retoma elementos de corte psicosocial, por un lado, y consideraciones más sociológicas, que pueden inscribirse en las reflexiones de la sociología fenomenológica. De la psicología social se retoma principalmente la necesidad de tomar en cuenta tanto al individuo como a los procesos sociales; mientras que de la sociología fenomenológica, además del interés por el análisis de la vida cotidiana, se recupera la idea de la intersubjetividad como proceso mediante el cual se construye colectivamente la vida social. En síntesis, para el interaccionismo simbólico sin interacción social no puede haber vida social, en tanto la interacción es el proceso que posibilita a los sujetos sociales construir significados sobre el mundo que los rodea. Se establece, por tanto, una relación de interdependencia entre la interacción, la realidad social y los significados que los sujetos atribuyen a ésta.

Para el interaccionismo simbólico, cada situación de interacción se define de acuerdo con el bagaje simbólico que poseen los sujetos y que proyectan *in situ*, definiendo la misma situación. Para esta corriente, la interacción simbólica -la comunicación- es el medio por el cual se realiza la socialización humana que acompaña toda la vida del ser social. Lo interesante de la concepción de comunicación aportada por esta corriente es que pone en evidencia la importancia de retomar y de hacer observable la comunicación atendiendo a su significado originario²: la puesta en común, el diálogo, la comunión.

Además de Herbert Blumer, los principales autores del interaccionismo simbólico fueron Charles H. Cooley, a quien se atribuye la teoría del “yo espejo” y del “otro generalizado”, George H. Mead, reconocido, sobre todo, por su conceptualización del *self* o “sí mismo”, y Erving Goffman. Por ser este último el autor que nos interesa en

este artículo, el siguiente apartado estará dedicado a los principales conceptos y juicios que el autor construyó a lo largo de su trayectoria como sociólogo.

2. Goffman y la interacción. Un mapa de conceptos básicos

Erving Goffman es considerado el fundador del orden de la interacción como legítimo dominio de estudio sociológico. El reconocido sociólogo, a quien no gustaba de ser etiquetado en ninguna corriente específica de pensamiento, pero que suele ser ubicado tanto en el interaccionismo simbólico como en la Escuela de Palo Alto, estudió sociología en la Universidad de Toronto. En Chicago asistió a cursos con Herbert Blumer y también trabajó con Lloyd W. Warner. Pero fue sobre todo Everett Hughes quien tuvo mayor influencia sobre Goffman. También en Chicago, se formó en la escuela de interaccionismo simbólico, y en sus estudios reconoció el valor de sociólogos clásicos que inauguraron el interés por la interacción, tales como George Simmel y George Herbert Mead. Su interés general fue examinar el impacto de las estructuras sociales en los niveles más locales (micro) de la vida cotidiana.

Entre las obras más importantes de Goffman destacan “La presentación de la persona en la vida cotidiana” (1959), “Internados” (1961), “*Encounters*” (1961) y “Estigma: Notas sobre el manejo de la identidad deteriorada” (1963), “*Interaction Ritual*” (1967), “*Strategic Interaction*” (1969), “Relaciones en público” (1971), “*Frame Analysis*” (1974) y “*Forms of Talk*” (1981). En todas ellas está presente la idea del carácter ritual de toda interacción cara a cara.

Goffman, más que analizar, describe situaciones, ya que no ofrece datos empíricos suficientes frente a los cuales contrastar sus afirmaciones. Lo anterior ha comportado que se hayan confundido sus minuciosas descripciones con construcción teórica en sentido estricto. A lo largo de los argumentos que el autor utiliza, es difícil distinguir entre las generalizaciones y los ejemplos, consideración que ha comportado que la propuesta del autor haya recibido numerosas críticas; críticas que muchas veces se ven superadas por la apreciación de la real intención del autor. Díaz (2000: 15), por ejemplo, afirma que “no se sabe bien si Goffman habla de situaciones inventadas, imaginadas, observadas o relatadas, pero en todo caso garantiza que resulten verosímiles y convincentes”.

Esta ambigüedad en la metodología utilizada por Goffman, como decimos, hizo que algunos sociólogos contemporáneos al autor se preguntaran por la validez descriptiva o analítica de sus consideraciones sobre la interacción. En general, las críticas apuntan a que es imposible identificar a qué datos se refieren las descripciones de Goffman (Schlegoff, 1988). Se le critica, por tanto, el limitarse a ilustrar conceptos y el recurrir a materiales demasiado diversos, tales como observaciones directas hechas por él mismo o por otras personas, citas de manuales de autoayuda, artículos de prensa e incluso situaciones totalmente inventadas, en sus análisis de situaciones de interacción cotidianas.

Las anteriores son críticas que, aunque legítimas, pueden perder algo de validez si nos detenemos a explorar la que fue la principal preocupación de Erving Goffman. A decir del propio autor, su interés básico fue “conseguir que se aceptase como analíticamente viable esta área ‘cara a cara’, que puede denominarse *el orden de la interacción*, por

ponerle un nombre cualquiera” (Goffman, 1983: 173-174). Para ello, el autor observó la interacción a partir de metáforas muy diversas, tales como el teatro, el rito, el juego y el cine. Ya desde su tesis de doctorado, “*Communication conduct in an island community*” (1953), se planteó como objetivo “aislar y fijar las prácticas regulares de lo que se llama la interacción cara a cara” (Winkin, 1988: 54). Por lo tanto, más que la construcción teórica del propio concepto de interacción, a Goffman le preocupó describir algunas situaciones cara a cara que permitieran reconocer a este orden de comunicación, el de la interacción cotidiana, como un objeto de estudio legítimo en el campo del pensamiento sociológico.

Goffman vivió varios meses con sujetos enajenados, primero en una clínica experimental y luego en el gigantesco Saint Elizabeth’s Hospital, un hospital psiquiátrico. Este fue, después de su tesis de doctorado, su segundo trabajo de observación prolongada. A partir de esta observación, el autor publica “Internados” (1961), obra en la que muestra cómo el hospital psiquiátrico destruye la identidad de los reclusos. También de este periodo es su obra “Estigma” (1963), donde el autor trabajó a partir de las interacciones en un grupo en el que se encuentra un sujeto “estigmatizado”, social o históricamente.

La obra de Goffman destacó sobre todo en las décadas de los 60 y 70, y fue conocida por su extraordinaria minucia descriptiva, vertebrada por la idea de que la interacción social agota su significado social más importante en la producción de apariencias e impresiones de verosimilitud de la acción en curso. En Goffman (1956), la sociedad se muestra como una escenificación teatral en que la vieja acepción griega de “persona” recobra plenamente su significado.

Esta comparación entre el teatro y la vida social hizo que el modelo planteado por Erving Goffman recibiera el nombre de *enfoque dramático* o *análisis dramático de la vida cotidiana*. Este enfoque puede caracterizarse a partir de tres consideraciones básicas. La primera, que permite comprender tanto el nivel macro (institucional) como el micro (el de las percepciones, impresiones y actuaciones de los individuos) y, por lo tanto, el de las interacciones generadas y generadoras de la vida social; en este sentido, destaca el importante papel asignado a la interacción, a la comunicación, así pues, en la formación de la vida social. La segunda, su poder interpretativo, que no obstante a la minucia descriptiva, tiene como límites el de los mundos culturales análogos al de las sociedades anglosajonas. Y la tercera, el que el autor, con este enfoque metafórico, lleva su reflexión sobre la interpretación dramática hasta sus últimas consecuencias y retoma los elementos esenciales de su análisis para acercarse al problema del individuo. Es decir, lleva a la práctica el principio dialéctico que establece la relación y el enriquecimiento entre cada una de las fases de la investigación y, aplicando el conocimiento sobre los dos primeros niveles, logra explicar elementos de las actuaciones individuales inicialmente no definidos.

2.1. Ritual, teatro y juego. Las metáforas conceptuales en Goffman

En “La presentación de la persona en la vida cotidiana” (1956), su primer libro publicado, y quizás el que goza de un mayor reconocimiento e importancia en el campo académico de la comunicación, Erving Goffman parte de las siguientes interrogantes: si se abordara la vida social como un escenario, con sus actores y su público, ¿qué juegos se observarían? ¿A qué apuntarían dichos juegos? ¿Qué artificios utilizarían?

Para Goffman, cualquier persona, en una situación de interacción determinada, es un actuante que lleva a cabo una representación frente a un público y adopta expresiones con el fin de controlar las impresiones de ese público. Las expresiones adoptadas por los actores pueden ser explícitas (lenguaje verbal) o indirectas (gestos y posturas corporales), y pueden provenir también de objetos que el individuo lleva consigo (ropa, accesorios) y del propio medio o entorno en el que tiene lugar la situación de interacción (mobiliarios, decorados). En todos los casos, dice Goffman, el objetivo del actuante es proponer una definición de la situación que presente cierta estabilidad, que no introduzca una ruptura en la interacción. Así pues, cuando una actuación es lograda, los participantes tenderán a considerar que los actuantes son válidos, como también su actividad y su público. Para llevar a cabo la actuación, el individuo dispone de una dotación expresiva a la que Goffman llama fachada, que contribuye a fijar la definición de la situación que intenta dar. La fachada abarca fundamentalmente dos elementos: el medio, lo que está al margen de la persona; y la fachada personal, compuesta por “insignias del cargo o rango, el vestido, el sexo, la edad y las características raciales, el tamaño y el aspecto, el porte, las pausas del lenguaje, las expresiones faciales, los gestos corporales y otras características semejantes” (Goffman, 1956: 35). En la mayoría de los casos, el medio y la fachada personal convergen.

Para llevar a cabo su actuación, los actuantes y su público ponen en escena, idealizándolos, los valores comúnmente asociados a ciertas posiciones sociales, es decir, lo que conocemos como roles. Dicho de otra forma, cuando los individuos actúan, en el marco de la vida cotidiana, cumplen el papel o rol que asignan a cada uno de los *personajes* que representan. Por otra parte, el público no tiene acceso a la verdad, por eso se atiene a la apariencia, y para ello es importante el control de las impresiones por parte de los actuantes. De ahí que Goffman afirme que el actuante está particularmente atento a los aspectos habitualmente menos controlables de su conducta, en particular a sus dimensiones no verbales, procurando mantener distancia respecto de su público con el fin de que éste no pueda controlar lo que ocurre.

Para el autor, el *self* –sí mismo- no es una posesión del actor, sino que más bien es el producto de la interacción dramática entre el actor y la audiencia –es, por tanto, construcción social-, motivo por el cual puede ser destruido durante la representación. Según Goffman, en circunstancias normales a los actores se les asigna un *self* firme y estable que, en la mayoría de los casos, permite que las interacciones triunfen, sean eficaces.

Junto con los conceptos anteriores, otro de los elementos más decisivos de la obra de Erving Goffman fue su conceptualización del “ritual”. Desde su perspectiva, más que un suceso extraordinario, el ritual es parte constitutiva de la vida diaria del ser humano, por lo que se puede decir que la urdimbre de la vida cotidiana está conformada por ritualizaciones que ordenan nuestros actos y gestos corporales. En este sentido, los rituales aparecen como cultura encarnada, interiorizada, hecha cuerpo, cuya expresión es el dominio del gesto, de la manifestación de las emociones y la capacidad para presentar actuaciones convincentes ante los otros con quienes interactuamos. Las personas muestran sus posiciones en la escala del prestigio y el poder a través de una máscara expresiva, una ‘cara social’ que le ha sido prestada y atribuida por la sociedad, y que le será retirada si no se conduce del modo que resulte digno de ella; las personas interesadas en mantener la cara deben de cuidar que se conserve un cierto orden expresivo (Goffman, 1956).

Del concepto de ritual propuesto por Goffman se derivaron dos ideas importantes para la reflexión en torno a la comunicación. La primera es la propia relación entre los rituales y los procesos de comunicación, ya que los primeros se ubican en la categoría de actos humanos expresivos, en oposición a los instrumentales. Además de ser un código de conducta, el ritual es un complejo de símbolos, pues transmite información significativa para otros. La segunda idea consiste en relacionar a los rituales con los movimientos del cuerpo, con la kinésica, el ámbito de la gestualidad y los movimientos corporales, y la proxémica, el uso del espacio en la interacción, en el sentido de que la ritualización actúa sobre el cuerpo produciendo la obligatoriedad y asimilación de posturas corporales específicas en cada situación de interacción cara a cara específica.

Además de la metáfora teatral, y relacionada con ella, en Goffman encontramos también la metáfora del juego. En ésta, lo esencial es el control de la información, con todos los camuflajes, simulaciones y maniobras que ello implica. Aquí Goffman pone el acento en las impresiones, en las apariencias que resultan del juego de los actuantes, y pone entre paréntesis la cuestión de la realidad de la definición de la situación dada por los mismos actuantes. “El desapego con el cual el actuante desempeña su rol, manifestando al público que no se identifica con el yo al que ese rol está comúnmente asociado, demuestra que, detrás de la máscara del actuante, habría un yo real, personal, que haría posible esa distancia respecto del rol” (Nizet y Rigaux, 2006: 29-30).

Sirva una frase del propio Goffman para ejemplificar las ideas anteriores: “Los individuos se preocuparán por mantener la impresión de que actúan de conformidad con las numerosas normas por las cuales son juzgados ellos y sus productos. Debido a que estas normas son tan numerosas y tan profundas, los individuos que desempeñan el papel de actuantes hacen más hincapié que el que podríamos imaginar en el mundo moral (...) los individuos no están preocupados por el problema moral de cumplir con esas normas sino con el problema amoral de construir la impresión convincente de que satisfacen dichas normas” (Goffman, 1956: 267).

Las reflexiones e ideas más retomadas de Goffman han sido sus metáforas basadas en el teatro y en el juego, trasladadas a los encuentros sociales, por un lado, y su noción de ritual, por el otro. Estas aportaciones de Goffman se pueden enmarcar en su concepción de la interacción. Su unidad de análisis fueron los grupos y no los individuos considerados de forma independiente. Los grupos, o equipos como los llamó el autor, actúan de forma cooperativa en rutinas de representación. Interactúan confiando los unos en los otros y siendo conscientes de su participación en el acto “teatral”, en la situación de interacción.

Los cuatro principios de la interacción cara a cara que emergen de la propuesta de Goffman son, atendiendo al análisis de Manning (1992), los siguientes:

1. Los interactuantes deben saber cómo conducirse en las situaciones sociales, es decir, deben hacer lo que se espera de ellos, lo adecuado para tal situación de interacción;
2. Las personas se deben implicar de forma apropiada en las situaciones sociales de interacción en las que participan;
3. Cuando interactúan con desconocidos, las personas deben mostrar un grado apropiado de *desatención cortés*;

4. Los sujetos que interactúan deben ser accesibles a los demás para que la interacción se mantenga, no se rompa.

En otra de sus obras básicas, “*Frame Análisis*” (1974), Goffman establece los principios del análisis estructural y se centra en el estudio de las pequeñas estructuras de la vida social. En esta obra, el autor fue más allá de las situaciones cotidianas e intentó encontrar estructuras invisibles. Estas estructuras son definidas como “esquemas de interpretación que permiten al individuo localizar, percibir, identificar y etiquetar ocurrencias en su espacio vital y en el mundo en general. Al dar significado a los eventos u ocurrencias, la estructura se pone en marcha para organizar la experiencia y guiar la acción, sea individual o colectiva” Snow (1986: 464). El término *frame*, marco en español, le permite a Goffman conceptualizar ese *lugar desde el que actuamos*, y del que no nos debemos salir si deseamos causar buena impresión en los otros con quienes interactuamos cotidianamente.

Las metáforas del teatro y el juego, así como el concepto de ritual y el propio concepto de interacción, permitieron a Goffman centrarse en situaciones de interacción cotidianas a menudo dejadas a un lado por la investigación sociológica, más centrada en asuntos macro-estructurales.

La reivindicación de Goffman de la interacción cara a cara como unidad de análisis legítima para la sociología hizo que se fijara, incluso, en detalles interactivos tan micro como el rubor, por citar sólo un ejemplo. En este tenor, en su ensayo “Rubor y organización social”, publicado originalmente en 1956 por la Universidad de Chicago en *American Journal of Sociology*, Goffman pone de manifiesto que lo importante en cualquier situación de interacción es la imagen que uno proyecta hacia los demás: “El rubor tiene que ver con la ilustración que el individuo hace de sí mismo ante otros que se consideran presentes en ese momento” (Goffman, 2000: 43). En relación con lo anterior, Goffman afirma que “durante la interacción se espera que el individuo posea ciertos atributos, capacidades e información, que tomados en su conjunto, encajen con un yo que sea a la vez coherentemente unificado y apropiado a la ocasión. A través de las implicaciones expresivas de este flujo de conducta, a través de la propia participación, el individuo proyecta efectivamente este yo aceptable en la interacción, aunque puede no ser consciente de ello y los otros pueden no ser conscientes de haber interpretado su conducta en este sentido” (Goffman, 2000: 50).

3. Erving Goffman y sus aportes a la comunicación interpersonal

Toda la propuesta dramaturgica de Goffman puede ser leída desde un *lente comunicativo*. El modelo del autor provee de categorías de análisis para abordar situaciones de interacción cotidianas. De ahí la importancia de Goffman para el estudio de la comunicación, tanto verbal como no verbal, en situaciones cotidianas.

Los trabajos del Grupo hacia una Comunicología Posible (GUCOM), realizados en México de 2003 a 2009, consideraron a la interacción como una de las dimensiones privilegiadas de la ciencia de la comunicación. La interacción es comprendida por Jesús Galindo (2004) como el “corazón de la comunicología”, afirmación que se aleja de lo reduccionista de considerar a la comunicación como sinónimo de los estudios sobre medios de difusión, el gran objeto de estudio de nuestro campo.

En trabajos anteriores (Rizo, 2004; 2005; 2006) se ha analizado la presencia de la interacción en el campo académico de la comunicación. A partir de revisiones bibliográficas extensas, se ha puesto de manifiesto que el campo ha dado mayor importancia al ámbito de la comunicación mediada. De ahí que la comunicación interpersonal, y la interacción en general, sea un objeto menos legitimado en el pensamiento comunicacional, pese a que la definición originaria de la comunicación (etimológicamente ligada a la puesta en común, al vínculo y a la comunión) tiene mucho más que ver con lo interpersonal que con lo mediado.

Las aportaciones de Goffman son particularmente interesantes para enriquecer la reflexión sobre la comunicación, sobre todo en su dimensión interpersonal. Aunque la arquitectura conceptual del autor no constituye construcción teórica en el sentido estricto, sus descripciones y sus metáforas analíticas contribuyen, sin duda, a ampliar el espacio conceptual de nuestro campo de conocimiento.

Aunque se suele ubicar a Goffman en el marco de los trabajos del interaccionismo simbólico, por un lado, y de la Escuela de Palo Alto o “Colegio Invisible”, por el otro, el propio autor huyó de ser clasificado en cualquier escuela sociológica, reivindicando que su única finalidad era dotar de legitimidad científica a la interacción cara a cara como objeto de estudio propio de la sociología. Esta finalidad es ya una gran noticia para el campo de la comunicación, más centrado en la dimensión mediada de los fenómenos comunicativos.

En el proyecto del GUCOM, la interacción se define como la dimensión comunicológica que “consiste en la comprensión y estudio de la figura de los sistemas de comunicación. Es decir la vida comprendida, percibida y vivida como relaciones que se mueven, mueven y son movidas por su acción recíproca, y con otras relaciones” (Galindo, 2005: 557-558). Para la sociología fenomenológica, fuente del pensamiento comunicación que, junto con la psicología social, podría cobijar los aportes de Goffman, el individuo es un actor social que reproduce su contexto social a partir de sus interacciones cotidianas. La reflexión se centra en las relaciones intersubjetivas, bajo el ángulo de la interacción, y se otorga un rol relevante a los elementos de negociación y de comunicación en la construcción social de los referentes de sentido que posibilitan el diálogo, negociación y/o conflicto en cualquier encuentro o situación de interacción humana.

La interacción, y la comunicación como su materia prima, instituye la realidad social, le da forma, le otorga sentidos compartidos a nivel de los objetos (dimensión referencial); a nivel de las relaciones entre los hablantes (dimensión interreferencial); y a nivel de la construcción del propio sujeto en tanto individuo social (dimensión autorreferencial) (Vizer, 1982). Estos tres niveles se ponen de manifiesto en cualquier situación comunicativa, es decir, en cualquier situación se habla de algo, se establecen relaciones entre quienes están hablando, y la personalidad de éstos tiene fuertes implicaciones en la relación de interacción dada.

Por todo lo anterior, la interacción no sólo debe ser considerada como la materia prima de la comunicación, sino que la ciencia de la comunicación debe contemplar a esta dimensión interactiva como central en la construcción de su mirada sobre la realidad social. A ello ayudan, sin duda alguna, aportaciones como las de Goffman. Y en mayor término, ayudan las matrices conceptuales de fuentes como la psicología social, la

sociología fenomenológica y la cibernética, tres campos del saber que tienen en la interacción (nombrada de forma distinta, sí, pero con el intercambio de información en el centro) su eje básico de análisis y reflexión.

4. Reflexiones finales

El ámbito de la comunicación interpersonal, cuyos trabajos, aunque abundantes, no parecen ser primordiales para el campo académico de la comunicación, puede nutrirse con algunos de los conceptos presentados en este texto. Hablar de comunicación interpersonal sólo en términos de comunicación verbal, no verbal (kinésica, proxémica y paralenguaje), situación comunicativa, puede resultar útil. Pero complejizar el esquema y hacer uso de conceptos y matrices analíticas provenientes de otros campos de conocimiento, como la sociología de las situaciones propuestas por Goffman, puede enriquecer sin duda los análisis que realicemos en este ámbito.

El propósito de este texto ha sido explorar algunas de las ideas básicas de Erving Goffman en torno a la interacción social. El descubrimiento cotidiano de los *otros* constituye la materia prima de la interacción. La interacción es comunicación con otro distinto a uno mismo, y es mediante este proceso o encuentro que los sujetos adquieren capacidad reflexiva para verse a sí mismos, para proyectar una imagen de sí mismos hacia los demás, acorde con la situación de interacción determinada, y para crearse imágenes de los demás y del entorno.

De la interacción entre los hombres se produce la comunicación en el sentido más pleno, de tal manera que la comunicación humana es la expresión más plena y rica de la comunicación, sobre todo en su sentido original de comunión, comunidad y puesta en común. Como afirma Cárdenas (2003), “de entre las cosas con que el hombre se enfrenta en el mundo, hay una singular que lo asombra y hasta lo confunde: los otros hombres, a quienes reconoce características similares a las suyas e idéntica capacidad de experimentarse a sí mismo y al mundo”.

Concluimos afirmando que la revisión de propuestas teóricas e investigativas de décadas atrás, que en algunas ocasiones parecen ya superadas, puede traer grandes beneficios a nuestro campo de conocimiento, la comunicación, pues ampliar su árbol de exploración, su espectro de posibilidades. En este texto hemos explorado únicamente un autor, Erving Goffman, enmarcado en una genealogía de pensamiento (Escuela de Chicago – interaccionismo simbólico) que bien puede recuperarse para complejizar el uso del término comunicación, polisémico donde los haya.

Referencias bibliográficas

Blumer, Herbert (1968). **Symbolic Interactionism. Perspective and Method**, New Jersey, Prentice Hall, Englewood Cliffs.

Cárdenas, Gustavo (2003). Constructivismo y Comunicación, disponible en: http://www.ecampus.cl/Textos/chumanas/Gustavo_Cardenas/2/construc.htm (Consulta: 2010, octubre 4).

Díaz, Félix (2000). **Sociologías de la situación**, Madrid, Ediciones La Piqueta.

Galindo Cáceres, Jesús (2004). Apuntes de historia de una comunicología posible. Hipótesis de configuración y trayectoria, **Comunicología: indicios y conjeturas**, núm. 1, Departamento de

Comunicación de la Universidad Iberoamericana de México, México, disponible en:
http://www.revistacomunicologia.com/publicaciones/verPublicacion.jsp?id_pub=9 (Consulta: 2010, septiembre 29).

Galindo Cáceres, Jesús (2004) "Hacia una comunicología posible en México. Notas preliminares para un programa de investigación". En Russi, Bernardo (Ed.) (2004) **Anuario de Investigación de la Comunicación CONEICC XI (pp.51-72)**, México, CONEICC y Universidad Intercontinental.

Galindo, Jesús; Karam, Tanius; Rizo, Marta (2005). **Cien Libros hacia una Comunicología Posible. Ensayos, reseñas y sistemas de información**, México, Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Galindo, Jesús (2008). **Comunicación, ciencia e historia. Fuentes científicas históricas hacia una comunicología posible**, Madrid, McGraw Hill Interamericana.

Goffman, Erving (1956, 1989, 2001). **La presentación de la persona en la vida cotidiana**, Buenos Aires, Ediciones Amorrortu.

Goffman, Erving (1956,2000). "Rubor y organización social". En Díaz, Félix (ed.) (2000) **Sociologías de la situación** (pp.41.58), Madrid, Ediciones La Piqueta.

Goffman, Erving (1961). "Role distance". En **Encounters: Two Studies in the Sociology of Interaction** (pp. 115-131), Indianápolis, Bobbs-Merril.

Goffman, Erving (1983,1991). **Los momentos y sus hombres**, Barcelona, Paidós.

Manning, Philip (1992). **Erving Goffman and Modern Sociology**, Stanford, Stanford University Press.

Nizet, Jean; Rigaux, Natalie (2006). **La sociología de Erving Goffman**, Madrid, Melusina.

Rizo, Marta (2004). "Interacción y comunicación. Apuntes para una reflexión sobre la presencia de la Interacción en el campo académico de la comunicología". En Martell, Lenin (coord.) **Hacia la construcción de una ciencia de la comunicación en México. Ejercicio reflexivo**. (pp. 101-124), México, Asociación Mexicana de Investigación de la Comunicación.

Rizo, Marta (2004). La dimensión de la interacción en la comunicología. Apuntes para un diagnóstico y algunas propuestas. **Comunicología: indicios y conjeturas**, núm. 2, disponible en:
http://www.revistacomunicologia.com/publicaciones/verPublicacion.jsp?id_pub=65 (Consulta: 2010, agosto 23).

Rizo, Marta (2005). "Comunicología, Psicología Social y Sociología Fenomenológica. Exploraciones teóricas para la conceptualización de la interacción y la comunicación". En Calles, Jorge Alberto (ed.) **Anuario de la Investigación de la Comunicación CONEICC Número XII** (pp. 105-127), México, CONEICC.

Rizo, Marta (2006). Aportaciones de la psicología social a la ciencia de la comunicación. **Intexto**, Núm. 14, disponible en: <http://seer.ufrgs.br/index.php/intexto/article/viewArticle/4248> (Consulta: 2010, octubre 31).

Rizo, Marta (2006). "La intersubjetividad y la vida cotidiana como objetos de estudio de la ciencia de la comunicación. Exploraciones teóricas y abordajes empíricos". En Rebeil Corella, María Antonieta (ed.) **XIII Anuario de Investigación de la Comunicación CONEICC** (pp. 85-104), México, CONEICC, Universidad Anáhuac, Universidad Autónoma de Coahuila, UIA-México, UIA-León.

Rizo, Marta (2006). La interacción y la comunicación desde los enfoques de la Psicología Social y la Sociología Fenomenológica. Breve exploración teórica. **Anàlisi. Quaderns de Comunicació i Cultura**, núm. 33, Revista del Departament de Periodisme i Ciències de la Comunicació, Barcelona, Universitat

Autònoma de Barcelona, pp. 45-62, disponible en <http://ddd.uab.es/pub/analisi/02112175n33p45.pdf> (Consulta: 2010, octubre 28).

Rizo, Marta (2006). La psicología social como fuente teórica de la comunicología. Breves reflexiones para explorar un espacio conceptual común. **Andamios. Revista de Investigación Social**, 3, 163-184.

Schlegoff, E. A. (1988,2000). "Goffman and the analysis of conversation". En Fine, G. A. y Smith, G. W. H. (eds.) **Erving Goffman** (pp. 176-213), Londres, Sage Publications.

Snow, David (1986). "Frame Alignment Processes, Micromobilization, and Movement Participation". **American Sociological Review**, 51, 464-481.

Vizer, Eduardo A. (1982). **La televisión, sus efectos y funciones. Aportes al análisis de ciertas hipótesis y puesta a prueba en una investigación piloto sobre escolares** (Tesis Doctoral). Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires.

Winkin, Yves (1988). "Retrato del sociólogo joven". En Goffman, E. **Los momentos y sus hombres. Textos seleccionados y presentados por Yves Winkin**, (Pp. 11-85). Barcelona, Paidós.